

Nº 190
AÑO LIX
JULIO - DICIEMBRE
1991

ISSN 0303-9986



REVISTA DE DERECHO

**UNIVERSIDAD DE
CONCEPCION**

**Facultad de
Ciencias Jurídicas
y Sociales**

LA NOCIÓN DE SEGURIDAD JURÍDICA EN EL PENSAMIENTO DE JORGE MILLAS

ENRIQUE MUNITA ROJAS
Universidad de Concepción

1. Resumen de algunos aspectos destacados de "la idea del derecho" en J. Millas

Jorge Millas Jiménez (1919-1982), distinguido catedrático de la Universidad de Chile, presidente durante un largo período de la Sociedad Chilena de Filosofía, es reconocido, ampliamente, como una de las más distinguidas personalidades intelectuales de nuestro país en nuestro siglo. En el campo de la filosofía general son de destacar su "Idea de individualidad" (1943) y "Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente" (1960). "El desafío espiritual de la sociedad de masas" (1962) y su "Idea de la filosofía" (1968). En el campo de la filosofía-legal o jurídica son relevantes "Las dos clases de proposiciones en la ciencia del Derecho" (1954), "Sobre los fundamentos reales del orden lógico formal del Derecho" (1956), "Filosofía del Derecho" (1960). "Derecho y sociedad de masas" (1964) y "Aristóteles. La Justicia como acción igualadora" (1967).

Al resumir Jaime Williams el pensamiento filosófico-jurídico de Millas, destaca que preferentemente se ocupa, en este campo, de dos grandes tópicos: el de la estructura lógica, contenido y función de "la norma jurídica" y el de los "valores jurídicos", que analiza en íntima conexión con su personal enfoque del problema de la naturaleza del Derecho.

Señala que Millas reconoce como esencia del Derecho la "ordenación supravinculadora" y "la desobjetivización de las relaciones de poder dentro de la sociedad política". Esta noción implica para él ver en el Derecho los siguientes factores:

- a) Su carácter estrictamente pragmático, de técnica reguladora a la par normativa y coactiva del comportamiento social valorado;
- b) La autorregulación del Derecho y la vinculación al mismo del poder público que lo formula y aplica;
- c) El carácter prefigurativo y racionalmente objetivo de la relación jurídica;
- d) La positividad del Derecho, y
- e) La seguridad como valor jurídico primario.

Destaca, luego, que partiendo de este concepto central, y en estrecha relación con los aspectos fundamentales de la "Teoría pura" del Derecho de Hans Kelsen, el profesor Millas sostiene que el objeto del saber jurídico en el "sistema de las normas" en su significación, coordinación y aplicación. Rechaza el punto inicial de la "teoría egológica" de Carlos Cossio, según el cual el Derecho es conducta y su estudio, por tanto, es una ciencia real (*Fil. del Derecho*, p. 83). Pero, a diferencia del normativismo puro, no concluye el profesor Millas sosteniendo que la ciencia jurídica sea como la lógica, una ciencia del objeto ideal.

En su concepto, la ciencia jurídica es un saber *sui generis*, en cuanto implica una triple referencia de comportamiento humano: como hecho dado, como hecho valorado, y a las normas positivas que orientan regulativamente esos comportamientos. Triple referencia -destaca el comentarista-, que a diferencia de la teoría tridimensional del jurista brasileño Miguel Reale, el profesor Millas la señala desde una perspectiva estrictamente epistemológica.

Ahora bien, su concepción normativa como pensamiento de un "deber ser" específico, que no es ético sino puramente imputativo, está ligado al formalismo lógico de Kelsen. Su tesis se formularía así: que una conducta *debe ser* significativa *desde un punto de vista estrictamente jurídico*; y, pragmáticamente hablando, que sea (mandato), y, gnoseológicamente hablando, que *hay* una norma jurídica que así lo dice dentro del sistema de referencia considerado; pero, *en ningún caso* significa que la conducta *es buena* o que *vale*, sin perjuicio de que, en efecto, la conducta valga según determinaciones normativas *de carácter extrajurídico*. Sin embargo, el profesor Millas va más allá del formulismo kelseniano. Considera en efecto que siendo el Derecho un orden finalista (puesto que es pragmático), su fundamento último, como totalidad de normas, es una voluntad valorativa; la voluntad del poder social que instituye, y que se determina por valores de naturaleza objetiva, y (por) valoraciones históricamente condicionadas.

En otras palabras, subraya, el fundamento último del Derecho "*in toto*" reside en la voluntad valorativa del poder social que escoge un determinado ordenamiento jurídico y lo instituye, teniendo a la vista consideraciones axiológicas. El Derecho nos obliga en tanto y en cuanto es el medio por el cual perseguimos la realización de ciertos valores y esto significa que el Derecho mismo es un bien, que vale, que debe ser (*Fil. del Derecho*, p. 225). Su obligatoriedad obedece a un imperativo axiológico y, por tanto, extrajurídico (*Sobre los fundamentos reales del orden lógico formal del Derecho*, J. Millas).

A su juicio el único valor jurídico, el específico del Derecho, es la seguridad, ya que sólo para este valor, el Derecho es condición necesaria y suficiente de su existencia.

Los demás valores (orden, paz, justicia) pueden existir en forma independiente del Derecho. Además, éste no basta para realizarlos; aun cuando es un instrumento puesto a su servicio. Este criterio, según J. Millas, es válido para la justicia, que no sería un valor jurídico sino ético: "El Derecho contribuye a realizarla: puede incluso ser la condición de hecho, necesaria para que haya justicia entre los hombres; pero su idea, la posibilidad de vida que ella involucra, no contiene la idea de vida jurídica como ingrediente esencial" (*Fil. del Derecho*, p. 253). Para el profesor Millas es concebible, pues, una comunidad en que por el solo imperativo moral se logre y se viva en orden, paz y en justicia. Ello

demuestra que éstos no constituyen valores específicamente jurídicos sino éticos.

En cambio, no ocurre lo mismo respecto de la seguridad. *Esta, que es un valor de situación* -“la situación del individuo como sujeto activo y pasivo de relaciones sociales, cuando sabiendo o pudiendo saber cuáles son las normas jurídicas vigentes, tiene fundamentadas expectativas de que ellas se cumplan” (*id.*, p. 255)- *se identifica con la que comúnmente se denomina “estado de Derecho”*. Ahora bien, ella es el valor socialmente supraordenador de todas las variaciones, inclusive las de la justicia, dentro de un sistema jurídico.

Lo que en otras palabras significa -subraya el comentarista- que el Derecho puede sacrificar todo otro valor en aras de la seguridad jurídica. “¿No hay acaso sacrificio de la generosidad en la interdicción del pródigo; y las normas que conceden privilegios hereditarios a ciertos hijos en desmedro de otros, no implican menoscabo de la justicia?” (*id.*, p. 258).

Esto no obstante, no significa que el profesor Millas piense que la seguridad es el supremo valor. Muy lejos de ello. Sólo la menciona como el específico del Derecho, haciendo notar que “el orden jurídico no representa en modo alguno el sumo orden axiológico” (*id.*, p. 259). Esta supeditación axiológica a la seguridad jurídica se explica, sin embargo, porque sólo a su través (la seguridad es un medio) se logra un amplio y continuo imperio de los otros valores, incluso los más altos (*id.*, pp. 258 a 260).

El problema axiológico fundamental del Derecho es, pues, éste: dados tales y cuales valores (y la decisión sobre ellos no es jurídica), cómo asegurar su existencia en armonía con el fin formal supraordenador de la seguridad. Esta última sí que sería una decisión estrictamente jurídica.

Para este autor (y según lo anotado en el breve resumen que transcribimos) el problema del Derecho Natural, desde el punto de vista jurídico es un falso problema, que se confunde con el problema mismo de la moral. La cuestión de si existen o no normas universales, válidas por sí mismas, modelo y medida de las normas del Derecho, es una cuestión histórica, metafísica y epistemológica que se confunde con el problema de la moral.

Sólo se convierte en un problema de filosofía jurídica cuando queremos saber si tales normas constituyen o no Derecho. Pero entonces se trata de una cuestión semántica, relativa al uso de la palabra Derecho, que se resolverá en función de la definición real con que hayamos deslindado el campo jurídico. El campo del Derecho se acotaría como objeto de conocimiento inequívoco sólo por el contenido de las normas positivas o los supuestos finalistas que las inspiran. De esta manera, concluye que el Derecho es un hecho. Un hecho que puede ser juzgado y valorado, pero desde fuera del Derecho mismo, por ejemplo, desde el punto de vista ético o desde el punto de vista práctico.

2. Filosofía y Filosofía del Derecho (1958). El “ser” y el “deber ser”

Según el profesor Millas, no podemos clarificar debidamente el concepto de la Filosofía del Derecho sino a partir del concepto de la Filosofía misma, porque la Filosofía del

Derecho es, antes que ciencia jurídica, disciplina filosófica, lo cual se traduce en dos consecuencias importantes: 1) que sus posibilidades cognoscitivas están dadas con las posibilidades del saber filosófico: esencia, fines, formas, limitaciones, métodos, son los mismos; 2) que la Filosofía del Derecho es miembro del organismo de los conocimientos filosóficos, y que es en el cuadro general de esos conocimientos, como parte del saber filosófico total, donde encuentra ella su propia situación y funciones.

Ahora bien, frente al ser, lo que es, *el deber ser*, se ofrece con unos caracteres en extremo peculiares, de suyo comprensibles y, no obstante (señala Millas), nada fáciles de definir.

El *deber ser* tiene, por lo tanto, ser, es algo: de otra manera no podría siquiera ser concebido, ni nada podríamos decir de él. Se trata, por lo tanto, de un concepto fundado en el concepto de ser. Pero, a diferencia del ser puro y simple, del ser que es, el *deber ser* representa una exigencia de estimación o preferencia, un requerimiento de realidad que fuerza de una manera característica la conducta del hombre.

Y así, por ejemplo, *mientras que de ciertas cosas*, como los árboles, los astros, las personas, los números, las figuras geométricas, las leyes de la naturaleza, *decimos simplemente que son algo de otras*, de la bondad, la justicia, la belleza, la verdad, *decimos no sólo que son sino que también deben ser*.

Así, pues, todo lo que es dado concebir al hombre aparece como siendo de algún modo y, en algunos casos, además, como debiendo ser de algún otro.

Pero ocurre, además, que cuanto se diga del ser y del deber ser se supone su conocimiento o aprehensión por la conciencia humana, es decir, una experiencia cognoscitiva.

Ser y deber ser, por una parte, conocimiento; por la otra, son términos correlativos: el ser es ser pensado y el pensamiento es pensamiento del ser. No sería, pues, completo el esquema de relaciones de la conciencia con su mundo de objetos si no entrara en él, junto al ser y deber ser objetos aprehendidos en esa relación, *el conocer*, que es el acto de aprehensión del ser y deber ser por la conciencia, y *los pensamientos* que son los productos en que remata el conocimiento.

De todo lo cual resulta que, en la búsqueda del conocimiento integral radicalmente fundado, la filosofía ha de proponerse cuatro investigaciones capitales: la del *ser*, la del *deber ser*, la del *conocer*, y la de los *pensamientos* en que se traduce el acto cognoscitivo. Pero, junto a ello, se da un buen número de investigaciones especiales, las cuales son, asimismo, ciencias del fundamento y de la totalidad.

3. ¿Por qué obliga el Derecho?

Es evidente que *el fundamento de la obligatoriedad* del orden jurídico *no se halla en el poder que lo sustenta*. El poder es condición esencial del Derecho; el Derecho es una modalidad específica del poder. Más aún, como ya se ha visto, el deber ser jurídico en cuanto categoría del pensamiento expresado por las normas jurídicas *supone la posibilidad del acto coactivo*: jurídicamente hablando, una conducta debe ser en tanto y en cuanto *el transgresor es objeto*

potencial de una acción del poder público. Y, no obstante, el poder no es la fuente de la obligatoriedad o deber ser del orden jurídico.

Podemos decir, es claro, que desde el punto de vista *psicológico* el Derecho es obedecido *porque* tenemos al poder, o porque no estamos en situación de resistirlo. Ya esto no es absolutamente exacto, pues frecuentemente el temor del poder no cuenta entre las motivaciones que nos llevan al acatamiento del orden jurídico. Pero, aún en el caso de que pudiéramos considerar como relación general y constante la del poder y la sumisión al Derecho, no tendríamos resuelta la cuestión de la obligatoriedad de este último. Pues la pregunta ¿por qué obliga el Derecho? no indaga por la causa, en sentido fenoménico, *sino por el fundamento en sentido espiritual*. Es cierto que nos sentimos forzados a acatar el Derecho, en cuanto tememos a las consecuencias que nuestra rebeldía lleva aparejadas: mas, es cierto también que nos sentimos *al par obligados* a acatarlo. *Y es esta obligación* la que no podemos identificar con los efectos psicológicos del poder.

4. El orden jurídico como "imperativo axiológico"

¿Dónde reside, entonces, la fuente de la obligatoriedad del Derecho "*in toto*"? Eliminando el criterio psicológico, no nos es ya tan difícil dar con la respuesta, sobre todo si comprendemos rigurosamente la naturaleza de la obligación a que nos referimos. *Esta obligación supone exigencia originaria evidente por sí de obrar de cierta manera*, exigencia que, con ser plenamente objetiva, con aparecernos como una instancia dada o propuesta independientemente de toda arbitrariedad o creación subjetiva, *es plenamente nuestra en cuanto comprendida y aceptada por nosotros, en cuanto convertida en verdadera determinación autónoma de nuestra voluntad*.

Pero esta modalidad de lo obligatorio es, precisamente, la de *los valores*: valores llamamos, en efecto, *a ciertas entidades que reclaman, sin otro título que la evidencia, su realidad plena e incondicional adhesión*.

El Derecho "*in toto*", como orden integral de convivencia regida por la autoridad pública, nos obliga, por consiguiente, en cuanto *es* el mismo *un valor*, en cuanto en su esencia reside un imperativo axiológico. Es decir, que debemos acatamiento al Derecho porque el Derecho *es un bien*.

El Derecho como totalidad tiene, entonces, *un fundamento extrajurídico*, ya que *la obligatoriedad jurídica es, según sabemos, axiológicamente neutra* y sólo implica imputabilidad de sanciones. Cuando las normas jurídicas declaran que una conducta *debe ser*, no expresan que la conducta requerida sea buena, sino que se forzará su cumplimiento. Mas, si tomamos la totalidad de las normas, el orden general que ellas representan, constatamos que el imperativo que nos obliga a acatar el Derecho en cuanto Derecho es un imperativo axiológico. *En la base del orden jurídico, más allá de la norma categorial (que es todavía jurídica), aparece la norma extrajurídica "es bueno respetar el Derecho", o también "el Derecho es un valor"*.

5. Lo jurídico y lo extrajurídico

Afirma Millas que la *Teoría pura del Derecho* de Hans Kelsen es un problema o una técnica de la "filosofía jurídica", *pero no es toda la Filosofía del Derecho*. Y por ello, no sólo porque existen otras doctrinas del Derecho dentro de la Filosofía, *sino, sobre todo*, porque *se limita al análisis del "deber ser" jurídico y de los conceptos y juicios que lo expresan, excluyendo así toda cuestión axiológica*. Pero la tarea de comprender el Derecho positivo a secas, en el decir de Kelsen, *no se agota con la pura intelección formal de los enunciados normativos*. Esta intelección formal es, a no dudar, el primer paso para el conocimiento de lo jurídico *qua* jurídico.

Mientras no se dio este paso con la seguridad del *método kelseniano*, la *Teoría del Derecho* fue, con episódicas excepciones, un confuso repertorio de reflexiones políticas, sociológicas y pragmáticas, que si acertaban a mostrar a veces las relaciones del Derecho con otras cosas, fracasaban siempre en captar su concepto. La labor de Kelsen, concluye Millas, para descubrir lo que la norma jurídica dice y cómo lo dice, constituye, en ese sentido, *una contribución filosófica de incalculables consecuencias para la comprensión científica del Derecho*.

Pero justo, porque se intenta comprender qué es y cómo es el Derecho, es porque tenemos que considerarlo axiológicamente, en cuanto el Derecho es una determinada relación con *ciertos valores*.

Las reflexiones tocantes a la obligatoriedad del Derecho nos permiten reconocer en la existencia del orden jurídico un problema de valor y descubrir en el Derecho una segunda modalidad del "deber ser".

Junto al deber ser estrictamente jurídico de las normas fundadas en la vigencia de un cierto orden del Derecho, está el deber ser del orden mismo *como totalidad normativa*.

El concepto del primero se define "dentro del" Derecho, y se caracteriza, además, por ser axiológicamente neutro; el concepto del segundo *trasciende, en cambio, lo jurídico e implica la noción de valor*.

Ahondando en este punto, con Kant y Meignon, llega Millas a la conclusión de que el valor del Derecho es un valor instrumental o transferido: sin tener, como diría Kant, "la dignidad de un fin en sí", tiene el rango de lo que sirve para la realización *de fines valiosos*.

Dicho en otras palabras, el Derecho posee, ante todo, una razón pragmática de ser: proviene de la necesidad y es un medio útil para la consecución de determinados fines de la vida humana, fines de la más diversa índole: morales, biológicos, culturales en general, económicos.

Por eso la pregunta ¿por qué obliga el Derecho? admite sin reservas la respuesta aplicable a todo bien instrumental: el Derecho obliga transitivamente en cuanto es un medio necesario para la realización de ciertas metas valiosas.

Valga aquí, en todo caso, una advertencia, decisiva para estas reflexiones sobre el valor del Derecho: el desplazamiento del valor propio al valor transferido se refiere a la potencia o aptitud virtual de ésta para servir a aquél, pero no al uso que actualmente se haga o pueda eventualmente hacerse de él en contra de sus propios fines. Y así, el valor transferido del buen medicamento le pertenece como carga axiológica propia, *qua*

medicamento, independientemente de que pueda usárselo también como veneno para atentar en contra de la salud *que le transfiere valor*.

Lo primero que uno piensa cuando se propone entender el Derecho desde el punto de vista axiológico es en *la justicia*. Una norma justa ¿no realiza, acaso, la justicia? Si así fuera, ante el Derecho estaríamos en presencia de un imperativo categórico, de un bien cuyo fin radicaría en él mismo. No ocurre así, a pesar de todo, por obvia razón. Sólo de una manera figurada puede decirse que una norma o grupo de normas sean “justas”. ¿Qué nos dice semejante información?, sólo esto: que exige o dispone “algo” justo. Pero este algo es un modo de conducta. La justicia pertenecerá, pues, al comportamiento humano posible configurado por la norma, y no a la norma en sí. (...) Pero sólo figuradamente podemos hablar de la justicia de la norma: su justicia consiste en hacer posible el justo comportamiento del juez. Su valor propio reside en el servicio instrumental que presta a la realización de la justicia, la cual es, en esencia, una forma de conducta, y no una cualidad de objetos ideales. Pero obviamente hay algo más. Podemos intuir, adecuadamente, el hecho de que la norma, siendo esquema de conducta posible, es también *asunto de conducta real*.

Millas extiende similares consideraciones al “carácter” no jurídico “del orden, la paz y la justicia”. En ellas, afirma que es perfectamente concebible, en el plano teórico, una sociedad en donde el solo imperio de los valores morales asegure “la convivencia pacífica”. Termina concluyendo que el orbe de los valores jurídicos *sensu strictu* se reduce a un valor único: *la seguridad jurídica*.

6. La seguridad jurídica

La seguridad jurídica es la situación peculiar del individuo como sujeto activo y pasivo de relaciones sociales, cuando estas relaciones se hallan previstas por un estatuto objetivo, conocido y generalmente observado. Se trata, según Millas, a no dudar, de una seguridad específica, que conviene apellidar jurídica, para evitar las equívocas resonancias del concepto genérico de la seguridad a secas. No es pues, aclara, seguridad metafísica del místico, ni la seguridad moral del optimista, ni la seguridad psicológica del hombre equilibrado, ni la seguridad material del hombre de fortuna, *sino simplemente la del hombre social* que seguro o no en su situación metafísica y económica, *sabe con qué ha de contar como norma exigible para su trato con los demás*.

Es este concepto, a la vez dinámico y formal de la seguridad, el que fijará ya Locke, por modo impecable, en su *Segundo Tratado* al definir la libertad política (freedom under government), “La libertad política”, escribió, “consiste en tener una regla fija a que someterme, común a todo miembro de la comunidad y promulgada por el poder legislativo erigido en ella; libertad para atenerme a mi propia voluntad en todo lo que esa regla no conmina y no encontrarme sujeto a la voluntad inconstante, incierta, desconocida y arbitraria de otro hombre; así como la libertad natural consiste en no hallarse bajo otra limitación que la de la ley natural”.

La seguridad jurídica constituye, pues, un valor. ¿Qué clase de valor es éste y qué bien le corresponde? El valor, en este contexto, es la idea del ser que "debe ser", la posibilidad que exige acatamiento a una conciencia valorativa. Se trata siempre de un arquetipo de realidad posible. El bien, por su parte, es el ente singular (cosa, persona, situación, objeto ideal) que, referido a un valor, vale porque lo realiza.

Y así, *valores* son la justicia, la bondad, la valentía, la verdad, la destreza, la belleza, en cuanto cada una de ellas es un modo posible de ser que "debe ser". Un acto justo, en cambio, una buena acción, un gesto de arrojo, una proposición verdadera, una hermosa estatua, son *bienes* en cuanto constituyen instancias concretas de esa posibilidad genérica de ser que es el valor correspondiente.

Según Millas, algunos valores, como los valores éticos, sólo pueden encarnar en acto de seres personales, valores, por tanto, cuyos bienes correspondientes consisten en conducta de seres libres en cuanto tales: llamémosles *valores de personas*. Otros valores, como los estéticos sólo pueden radicarse en objetos reales físicos (cosas y personas en su realidad física) y en ciertos objetos ideales (esencias de la espacialidad, como el círculo, p. ej., y de la temporalidad, como el ritmo): llamémosles *valores de cosas*. Otros valores, en fin, representan posibilidades del ser psíquico, y sus bienes correspondientes, son, por tanto, situaciones psicológicas concretas de entes conscientes (tal ocurre, por ej., con el placer y su cortejo de derivados, felicidad, esperanza, amor, etc.): llamémosles *valores de situación*.

La seguridad jurídica es un valor de esta última especie: el bien donde encuentra cumplimiento real no consiste, evidentemente, ni en la conducta de seres libres en cuanto tales, ni en "cosas" del orden físico o ideal. Pudiera parecer, tal vez, por la última conexión entre el Derecho y la seguridad, que ésta residiera en el Derecho mismo, que emanara en él, que el Derecho la realizara o ejemplificara, como una estatua a la belleza, o a la verdad, una proposición bien fundada. Semejante modo de ver carece, no obstante, de sentido. El Derecho, como sistema normativo sólo puede ser el instrumento gracias al cual la seguridad concretamente existe, *sin que el mismo sea, en cuanto tal, seguridad*. La seguridad, en la medida en que es un valor, es un modo posible de ser, y *este modo posible es el modo de la vida humana, de la vida del individuo que se siente seguro, de la vida colectiva que se desenvuelve con orden, más no del sistema normativo que tal seguridad procura*.

La seguridad constituye, entonces, un *valor de situación*: la situación del individuo como sujeto activo pasivo de relaciones sociales, cuando, sabiendo o pudiendo saber cuáles son las normas jurídicas vigentes, tiene fundadas expectativas que ellas se cumplan.

Dado este concepto, la seguridad como posibilidad de ser (ser de situación) que "debe ser", es decir como valor, queda determinada por las siguientes condiciones: a) que existen normas reguladoras de las relaciones sociales; b) que estas normas preexistan a toda posible decisión concreta de conducta; c) que estas normas sean impersonales, esto es, función de necesidades y fines comunes de convivencia social; d) que estas normas sean objetivas, es decir, que su sentido pueda ser racionalmente determinado; e) que estas normas sean o puedan ser reconocidas por el sujeto que les debe acatamiento; f) que estas normas tengan autoridad, vale decir, que tengan la garantía del poder público, garantía virtual de cumplimiento futuro, y garantía real de actual y efectivo cumplimiento.

Es fácil ver, a partir de este análisis, que la seguridad jurídica, en cuanto situación de quién psicológicamente la vive, se resuelve en dos componentes vivenciales: *saber o certeza*, por una parte, y *expectativa o confianza*, por la otra. El saber se refiere a la existencia de las normas jurídicas: es nuestro conocimiento, a) de que hay ciertas normas que disponen tales y cuales conductas de modo impersonal y objetivo, y b) de que el orden así previsto es generalmente observado. La confianza deriva de ese conocimiento, y consiste en la fundada expectativa de una continua y prolongada vigencia del orden jurídico. No se trata aquí de esa certeza de conocimiento respecto a la existencia y contenido, de las normas, sino de la anticipación de lo que probablemente ocurrirá en vista de la actual vigencia del orden jurídico planteado. Sin embargo, el valor práctico de esa probabilidad es tan grande que lo equiparamos a la certeza y arreglamos conforme a ella nuestra conducta. Sólo así es posible que se constituya la situación de seguridad.

BIBLIOGRAFIA

- Millas, Jorge: *Filosofía del Derecho*. Ed. Universitaria, S.A. Santiago de Chile, 1958.
- Millas, Jorge: *El desafío espiritual de la sociedad de masas*. Ed. de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1992
- Millas, Jorge: *Derecho y sociedad de masas*. Rev. *Atenea*. Univ. de Concepción. Nº 429/430. 1974.
- Serra, Juan E. y otros: *Apreciación crítica de la Teoría del Derecho*. Univ. de Valparaíso. EDEVAL. Valparaíso, Chile. 1982.
- Williams, Jaime: *Panorama de la Filosofía Jurídica en Chile*. Ed. Jurídica de Chile. Santiago de Chile, 1969.